El ojo (detalle) de Salvador Dalí, 1945.

Pablo González Casanova y los prodigios del tiempo*

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN
ISSN 2683-2917
Vol. 3, núm. 3, julio - octubre 2022
https//doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3

Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

*Pablo González Casanova and the Prodigy of the Time**

https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3.223

Guadalupe Valencia-García
Universidad Nacional Autónoma de México.
Coordinación de Humanidades.
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades. México

Querido don Pablo:

A sabiendas de que no hay palabras que alcancen para expresarle mi admiración y mi cariño, escribí este breve texto que he titulado *Pablo González Casanova y los prodigios del tiempo*, en el cual sostengo la tesis de que usted tiene y ha tenido siempre un aliado portentoso, algo que, aunque a veces es verdugo, juez o tirano, se torna en un regalo para quienes saben aliarse con él y apreciar su valía. Para algunos, como es su caso, el tiempo es un don que se multiplica, se despliega y se concede por entero, si es que se cuenta con la sabia virtud de conocer sus compases y cadencias y hacerlo un aliado para alcanzar fines colectivos que puedan hacer más venturosas a las personas, a cada una, a cada uno. Bien decía Wright Mills –un intelectual afín a usted, así lo creo– que la tarea de la ciencia social es prometer, de la manera más dramática, la comprensión de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales.

Es bien cierto que, siendo la suma de todo lo que hemos sido, nunca más seremos lo que fuimos. La vuelta a la infancia se torna imposible pero la llevamos puesta, tanto como la adolescencia y la juventud

temprana. Somos, todas y todos, el corolario de lo que fuimos. Somos tiempo. Creamos tiempo. Pero no lo creamos de la misma manera. Hay quienes, como usted, don Pablo, han hecho del tiempo un camarada, un cómplice para crear tiempos y construir espacios y trayectos creativos y estaciones colmadas de riqueza intelectual y humana.

> Nos enseñó lo que significa aprender a aprender en un diálogo interdisciplinario, renunciar a las visiones dicotómicas y disyuntivas, y evitar el pensamiento único.

En diferentes tiempos ha marcado, con su pensamiento y su obra, una buena parte del derrotero intelectual de la sociología y de las humanidades. Cada obra se inserta en su tiempo y crea su propia trayectoria. Larga y tupida la de *La democracia en México,* marcó un hito para quienes descubrimos, en nuestra primera juventud, un dispositivo intelectual para leer un presente rebosante de historia y urgido de comprensión. Antes de ello, varias otras definieron su propio tiempo: *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII,* el *Estudio de la técnica social,* la *Sociología de la explotación, El estado y los partidos políticos en México, Imperialismo y liberación, El colonialismo interno* y las luchas emancipatorias de los pueblos, *La universidad necesaria en el siglo XXI, Las nuevas ciencias y las humanidades,* pasando por la *Historia del movimiento obrero en América Latina*, la *Biblioteca de las entidades federativas, La república mexicana,* los *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo* y otras tantas, innumerables, que lejos de quedar como huellas pueden ser vistas como parte de la tradición intelectual y del patrimonio común del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS), de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, por hablar solamente de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Estas obras no podrían entenderse sin aludir a un proceso intelectual con una cadencia más dilatada, aquella en la cual nos enseñó lo que significa *aprender a aprender* en un diálogo interdisciplinario, renunciar a las visiones dicotómicas y disyuntivas, tal y como lo quería su admirado José Martí, y evitar el pensamiento único. De otra parte, nos convocó a buscar la articulación virtuosa entre las ciencias de la materia, de la vida y las ciencias sociales y las humanidades; a cultivar el pensamiento crítico y la pedagogía de la liberación; a construir puentes entre conocimientos especializados y comunes; a fundar un nuevo sentido común de la creación histórica, de la acción cívica y política, humana y ecológica; a esclarecer las definiciones e interdefiniciones de la complejidad organizada, todo ello no como divertimento intelectual sino para buscar la paz con democracia y la vida digna para todas y todos.

> Debemos prepararnos y preparar a nuestros estudiantes para construir un mundo en que la sociedad civil controle a los mercados y a los estados para el ser humano.

No basta con prever el futuro, nos ha dicho don Pablo, hace falta construirlo en una especie de "juego entre el destino y la libertad", también nos advirtió en su libro *La universidad necesaria en el siglo XXI*, que el futuro no está predeterminado ni para bien ni para mal y que nos encontramos en vísperas de una bifurcación en que la salida dependerá en gran medida de lo que hagamos, y en que debemos prepararnos y preparar a nuestros estudiantes para construir un mundo en que

la sociedad civil controle a los mercados y a los estados para el bien del ser humano.

Como buen amigo de Cronos y teniendo a Kairós de su lado, se aventura don Pablo, y nos aventura, a transitar en las fronteras entre las disciplinas, la complejidad y las nuevas ciencias. Se atreve y se expone, pero está lejos de ser un aventurero, es más bien un bienaventurado que se arriesga a transitar por los laberintos, las fronteras y los intersticios de las diversas ciencias. Es un venturoso porque se conduce como un hombre que se sabe parte del misterio de la vida, del prodigio del tiempo. Estamos, sin duda, ante un pensamiento maduro logrado por un espíritu joven, alguien que ha sido capaz de hacer del re-aprendizaje una manera de vivir.

En su biografía intelectual, publicada por Anthropos en 1995, don Pablo, en una especie de confesión de vida, se declara aprendiz *per sécula seculorum*. Dice que aprendió de sus hijos, en 1968, a repensar la democracia. "En la rectoría fui —afirma— el mejor alumno de la universidad; conocí las entrañas del Estado desde mi autonomía". Y declara que fue de Marianne, en ese final del siglo pasado, de quien aprendió a rechazar la muerte innecesaria y a dominar el arte de vivir varias veces.

Querido don Pablo, el tiempo le ha regalado un siglo y usted nos ha obsequiado su pensamiento y su vida, una vida en la cual el decir y el hacer, el pensar y el actuar, siempre han ido de la mano, como dos hermanos gemelos que se miran uno a otro y que, reconociéndose, no pueden sino caminar en armonía.